

cuñado de Colón tuvo el mando superior de Porto-Santo, Pedro Correa, y lo tuvo porque lo había tenido el suegro suyo en vida y entregádoselo después de su muerte la suegra viuda. Lo cierto es que otra cuñada de Colón se casó con un marino llamado Muiarte, de Huelva, y fué la causa ocasional de la ida del descubridor á la región donde se alza el convento de la Rábida. Lo cierto es que las disquisiciones de HARRISSE aumentan la confusión y llenan de dudas la historia. Y como quiera que sea en estas dudas lo mejor quedarse á la versión más establecida; como quiera que ningún interés podríamos suponer á Fernando Colón en cambiar el nombre de la mujer del Almirante, su padre; como quiera que debían los contemporáneos saberlo, y las tres autoridades mejores del tiempo, Fernando, Las Casas y Oviedo, aunque indirectamente este último, lo confirman, y luego lo reproduce, andando el tiempo, Herrera, historiador de las Indias en el siglo decimoséptimo que tuvo á su disposición todos los archivos y pudo examinar todos los papeles en ellos existentes respecto de la materia histórica que trataba, debemos atenernos á lo establecido y continuar llamando á la esposa de Colón, como casi todos los historiadores la llamaron, Felipa Muñiz Perestrello. Y si dicen que tal apellido lo fingió Fernando para ennoblecer á su padre, por el amor que le tenía y el empeño de agrandarlo, digamos nosotros también que Oviedo, contemporáneo del descubridor y compañero en la corte de los hijos de éste, no tuvo motivos iguales á los de Fernando, y enlaza los cognómenes del descubridor, quien no era santo de su devoción, á la familia Perestrello, aunque no extrae tal enlace de su matrimonio con Felipa Muñiz, aumentando las dudas y constriñendonos á seguir el texto de Fernando y Las Casas.

Pero, fuese de todo esto lo que fuese, D.^a Felipa Muñiz y D. Cristóbal Colón se casaron en Lisboa como previenen la religión y la ley, en santo perdurable matrimonio, y tuvieron al año de unidos un vástago, á quien bautizaron en Lisboa misma con el nombre de Diego. Las primeras y más importantes resultas de

tal matrimonio fueron que tuvo Colón dos cuñados influyentes por todo extremo en su vida: uno en Palos, puertecito español poblado de audaces nautas; otro en Porto-Santo, isla descubierta, ya lo hemos dicho, por exploraciones que presidía el infante D. Enrique y entregada en feudo á la familia de los Perestrellos por motivos no bien aclarados en la historia. Llamábase Pedro Correa el cuñado de Porto-Santo, y tenía la isla en vínculo y herencia por haberla entregado á Bartolomé Perestrello, padre de su mujer y de Felipa, el Congreso y Academia de Sagres. Á tal isla, gobernada por los suyos, debió ir Colón para entender en varios negocios de su hacienda doméstica, poco después de casado; y allí se informó en el hogar de cómo habían ido hasta las costas aquellas objetos de otras civilizaciones, cadáveres de otras razas, plantas de otras floras, que contrastaban mucho con los caracteres comunes á todo lo típico en la cultura de nuestra civilización entonces y en las producciones de nuestros climas conocidas. Imaginaoslo al contacto de su espíritu indagador con estos seductores cuentos; bajo un espléndido cielo meridional; sobre una isla que pide con sus recodos cubiertos de blancas espumas los ejercicios de la navegación; teniendo ante los ojos atisbadores la línea curva del horizonte y la línea curva del Océano, como para demostrarle con sus esféricos aspectos la figura de nuestro planeta; exacerbadísimo el husmeador olfato á las emanaciones salinas del mar, que huele como jardín, y á los aromas balsámicos de las florestas y jardines bienhadados, que huelen como un mar; el avizor oído abierto á todos los rumores oceánicos; en presencia de las aguas celestiales, agitadas por brisas constantes que las mueven y esclarecidas por el éter solar que las jaspea, semejantes á las ninfas y á las sirenas mitológicas, tendiendo por doquier abrazos en las ondas y besos en los aires, para tirar hasta su blando seno al navegante ansioso de coronarse con algas y perlas ó de perderse allá en abismos que parecen cerúleos; y decidme luego si tenía motivo el grande nauta que his-

toriamos, ante tal espectáculo, para codiciar los tesoros tras aquella inmensidad ocultos, cuya copia milagrosa debía granjearle una vida beata en este mundo y ofrecerle muchos medios para la redención y rescate del Santo Sepulcro, que le asegurase allá en otro mundo mejor la bienaventuranza. Lo cierto es que, amén de trabajar mentalmente Colón en su cartología, favorable á una expansión intelectual, cuyos efluvios por doquier se irradiaban, emprendía navegaciones continuas prácticamente, cuyas experiencias le industriaban en el arte y oficio de mareante consumadísimo. Así ascendió hasta el extremo Norte y descendió hasta el extremo Sur de las tierras entonces conocidas. Fué á Guinea y á Islandia. El objeto científico de todos estos viajes hállase patentizado en las notas escritas por el mismo Colón, y reunidas para demostrar que son habitables las diversas zonas del planeta muy allende los límites que á tal carácter habían opuesto las supersticiones seculares. «Yo navegué, decía, el año cuatrocientos setenta y siete, en el mes de Febrero, ultra Tile isla, cien leguas, cuya parte austral dista del equinoccial 73°, y no 63, como algunos dicen, y no está dentro de la línea que incluye el Occidente, como dice Tolomeo, sino mucho más occidental, y á esta isla, que es tan grande como Inglaterra, van los ingleses con mercaderías, especialmente los de Bristol, y al tiempo que yo á ella fuí, no estaba congelado el mar, aunque había grandísimas mareas, tanto que, en algunas partes, dos veces al día subía 25 brazas y descendía otras tantas en altura.» ¡Qué grandes emociones, aunque las calle Colón, debían despertar en su ánimo aquellos mares parecidos por su densidad á cristal en vías de liquidarse; aquellas montañas cubiertas de nieves perpetuas; aquellos témpanos de hielos polares flotantes sobre las ondas en la misma estación de sus licuefacciones, comenzada por Marzo! La erudición suya, muy copiosa, debía saber cómo el griego Phyteas había encontrado y medido su geográfica posición; cómo había designado Séneca en sus versos último extremo del

planeta; cómo Plutarco había puesto en ella el célebre mar Saturnino que se iba corriendo atrás conforme las navegaciones antiguas ensanchaban el Océano. Pero lo que debía ignorar Colón, lo que ignoraba seguramente, según la pérdida y olvido de ciertas antiguas tradiciones, era la pretensión arraigadísima en aquellos mares y territorios escandinavos, donde creían muchos haber descubierto su ignorado mundo cinco siglos antes de los proyectos y de los planes colombinos. Á la verdad, los derroteros por el inmortal piloto seguidos, habilitábanlo mucho al empeño que tenía en su voluntad y en sus mientes. Guinea é Islandia servíanle á las demostraciones que buscaba y á los experimentos que hacía con unidad tan maravillosa de norte y de objeto. ¡África y Escandinavia! Los rayos del sol oblicuos en una parte y en otra los rayos del sol verticales; el cielo cargado con átomos de nieve allá y el cielo seco é implacable aquí; los bancos glaciales parecidos á murallas de cristal en una parte y los desiertos candentes como los rescoldos de un horno en la otra; el abeto boreal y las palmas africanas; el rengífero confinado ya en los polos y el dromedario confinado en el Asia y en el África ecuatoriales; el ictiófago comiendo el frío pescado casi crudo y el antropófago, de carne humana gustoso; los habitantes blancos y rubios de unas zonas y los habitantes negrísimos y crespos de otras decíanle á una con sus contrastes, cómo aparecía todo el planeta habitable, y por consiguiente, cómo había un pueblo de Catay, así como un dominio del grande Kan, aquistables, al revés de todo cuanto hasta entonces habían hecho los hombres, por el camino de Occidente. «Yo estuve, decía Colón, escribiendo sus notas personales, en el castillo de la Mina, del Rey de Portugal, que está debajo de la equinoccial, y así soy buen testigo que no es inhabitable como dicen.» Por tanto, tras este africano viaje, correlativo con el otro boreal, Colón tenía trazado en la inteligencia todo el admirable proyecto suyo y desvanecidas las capitales objeciones opuestas á sus sólidos fundamentos.

Concebido con claridad y madurado con espacio el plan de Colón, era ya hora de ofrecerlo al mundo entero y hallarle, para que lo pudiera cumplir él y aprovechar el mundo, una protección poderosa. No podía, no, creerse impremeditada precipitación el empeño con que ofrecía nuestro piloto á las gentes el plan y proyecto de su viaje. Estaba en el cenit de la vida y había subido por esfuerzos y por trabajos de titán. Á intuiciones de poeta y pensamientos de filósofo habíanse unido en su espíritu estudios profundos de sabio y experiencias luminosas de observador. Si en la complexión artística, muy propia del abolengo suyo; si en los arrebatos líricos de poesía intuitiva que cantaba dentro de su creadora imaginación; si en los afectos estéticos de un pecho idóneo para sentir y amar todo lo bello; si en aquellos deliquios de asceta y extático que tanto le asemejaban á su paisano San Francisco, le solían asaltar ensueños raros de una indecisión connatural con los fantaseos de su ingenio, religioso y poético al mismo tiempo, no acostumbraba por todo esto á confinarse aislado y solitario en vaguedades y soñolencias indefinidas; estudiaba como un verdadero naturalista; calculaba como un consumado matemático; volvía los ojos y los instrumentos náuticos al cielo y al mar en esfuerzos continuos; y nunca dejaba el hilo de unión á lo real en los más nerviosos espasmos de su cuerpo y en los vuelos más arrebatados de su espíritu al Empíreo. Los jalones de su camino resplandecen á una con igual intensidad en la historia del Renacimiento universal. Sintiendo y estudiando había pasado su vida. En las márgenes de sus profecías notábanse números y más números. Podía tomar una observación aspecto poético, pero dentro del zurrón de un tropo encerrábase, como dulce almendra, la verdad experimental y tangible de un problema científico. Se trazaron mapas donde había islas como las ideales de Aristóteles y Platón, inscritas en el sitio y espacio señalados por el geógrafo á la grandísima extensión dada en sus creencias á los extremos de las Indias orientales, en que radicaban su Kan y su Catay; se construyeron

carabelillas, gaviotas por sus velas, peces por sus calados, resistentes para darse mucho al largo por el Océano, y fáciles para penetrar por las desembocaduras fluviales; se aplicó el astrolabio á la navegación, relacionando el cielo y el mar, los espacios de arriba y los espacios de abajo, en grandes concepciones y experiencias astronómicas; se llegó por el Norte allende Tile, señalada como último límite boreal de la tierra, y por el Sur allende Bojador, tenido como último límite meridional; se demostró prácticamente haber la vida lo mismo en la zona glacial que en la zona tórrida; y entonces, sólo entonces, en la hora más oportuna del tiempo creador y en el término más dialéctico de las invenciones oceánicas, vino á surgir el plan destinado á explorar todos los espacios del Océano y á reunir todos los territorios del planeta. Ciertamente que se mezclaban, como en lo humano siempre, á estas verdades exactas errores múltiples. Colón creía mayor la parte sólida que la parte líquida del globo y menor la distancia entre las Indias orientales y la Europa occidental por los caminos del ocaso. Mas, á guisa de las maravillosas metamorfosis del universo, que sacan de la vida la muerte y del mal el bien y de los estiércoles los ázoes, con cuya sustancia se componen las fibras y las carnes de las más melifluas frutas, en aquellos dos errores capitales radicaban los dos impulsos capitalísimos á la obra y logro de su intento. Si él hubiera sabido los desmesurados espacios planetarios cubiertos por las aguas; el continente interpuesto entre su Europa y la región de los brillantes, del oro y de las especias; lo dificultoso y estrecho de un paso como el que debe atravesarse allá por las cercanías del polo Antártico para ir desde nuestra Europa continental hasta las Indias orientales por Occidente, acaso retrocediera espantado de terror, en vez de fiarse al collar de perlas ricas y á la guirnalda de flores olientes, quiero decir, á la serie de archipiélagos benditos que debían, en su concepto, desde las Azores, las Canarias, las islas de Cabo Verde, dilatarse hasta la India, ligando el Occidente con el Oriente y abriendo dichosísima serie de puertos bien-

aventurados á la navegación y al comercio. Colón veía todo esto con la claridad interior de un alma doble, su alma de vidente y su alma de sabio. Aquella especie de división hecha por los escolásticos á nuestro espíritu, que subía desde vegetativo hasta racional, cumpliase por maravillosa manera en este hombre, quien parecía quiromántico, astrólogo, alquimista, sicofanta, teurgo, adivino, al par de sacerdote y sabio. Así había calculado con todo acierto que aquel Portugal del infante don Enrique y del infante D. Fernando, el Portugal poseedor de la recién conquistada Ceuta, y audaz al punto de sellar vencido con sus quinas los muros de Tánger, evocando á repetidos conjuros tantos archipiélagos en el Océano vacío y atravesando el terrible cabo Bojador; el Portugal que soñaba con Fez y expedía una tras otra escuadrilla por mar y una tras otra caravana por tierra en busca del Preste Juan de las Indias y del gran Kan de Tartaria; el Portugal requeridor de todos los mares y metido en todos los misterios, dado á las exploraciones y á los descubrimientos, debía comprender su alma, en gran parte iluminada y movida por los rayos partidos de aquel brillante y encendido foco donde se habían animado sus ideas y templádose á una en sus piedras de toque todas sus creencias y todos sus experimentos. Portugal se hallaba entonces respecto de África y de las Indias orientales y del mar entero, como se hallaba Grecia respecto de Asia en los días que apareció Alejandro. Precisa recordar á este casi mitológico héroe; precisa traer á cuento su alma y las ideas de su alma, para sumergirse hasta en el fondo profundísimo de las corrientes intelectuales que fluían á la sazón aquella por la vida y por el alma de Lusitania, esencialmente reveladora, y como reveladora, esencialmente universal ó humana. Hay alma del mundo, hay alma del pueblo, hay alma del tiempo, mejor dicho, ideales varios penetrando con su éter y con su calor en colectividades que parecen individuos por lo unidas y en individuos que parecen colectividades por lo sintéticos.

Un solo individuo, como Alejandro, parecía Portugal en el

Renacimiento; un solo pueblo, la Grecia entera, parecía también Alejandro en sus conquistas. Evocadlo; pues en su evocación se halla una imagen clara de lo que ocurría en la Europa occidental durante la centuria de Colón; una imagen demostrativa de la unidad y de la inmanencia del humano espíritu en todos los tiempos y en todos los países. La emoción de Alejandro, al pisar Asia, no podía ni medirse, ni expresarse. Juntando, como Colón, intuiciones de poeta con cálculos de político, veía en sus ensueños realizarse un amado ideal, el ideal de su Asia griega. Sentado en la nave que lo conducía, nave á un altar parecida por su carácter sacro y por su riqueza litúrgica, no quiso ceder el timón, pues como poseía solo el ideal, solo debía poseer la fuerza y autoridad necesarias á su realización y cumplimiento. Entrado en las tranquilas aguas del Bósforo de Tracia, á la mitad exacta del canal, equidistando matemáticamente de Asia y Europa, ofreció á Neptuno un toro inmolado en holocausto; levantó aúreo cáliz al cielo en demanda y requerimiento de un auxilio, muy asequible á las libaciones religiosas; asestó un dardo al seno de la tierra, donde sus conquistas debían ejercerse; y pronunció los nombres de un Hércules para evocar la fuerza, de un Júpiter para evocar la omnipotencia, de una Minerva para evocar la sabiduría, como si, en vez de una guerra cruel y porfiada, iniciase una ceremonia teogónica. Lo cierto es que, artista por la mayor parte de sus propensiones, tanto como guerrero y político y explorador, no quiso penetrar en la tierra objeto de su deseo, sin certificar por algunos hechos solemnes el enlace de todo cuanto ideaba y quería con lo intentado y hecho por sus predecesores inmortales. Él iba con igual empuje que los ejércitos de Agamen y Ajax á continuar la eterna porfía de Asia con Europa; y, por consiguiente, hallábase obligado á recordarla en el suelo mismo de la epopeya helénica, para resolverla en sus exploraciones y en sus conquistas por medio de su victoria, personal en apariencia, humana y civilizadora en realidad. Las tierras de Frigia, los campos de